

UN PAÍS IGNORADO, UN LIBRO DESCONOCIDO. ASTURIES, MITOLOGÍA E IDENTIDAD

Reseña del libro de Cristobo de Milio Carrín: *La creación del mundo y otros mitos asturianos*

Carlos Javier Blanco Martín

Universidad de Oviedo

Resumen: Ofrecemos una reseña de este libro sobre la Mitología Asturiana, *La creación del Mundo y otros Mitos Asturianos*, donde se exponen los mitos recogidos en el folklore asturiano a la luz de comparaciones con la mitología céltica y la de otros ámbitos. Carrín expone las pervivencias de una vieja religión europea, muy presente en el área atlántica, pero oscurecida por la obsesión española hacia todo lo latino y mediterráneo. También se aportan pistas acerca de por qué el asturianismo ignora ampliamente estas cuestiones decisivas.

Abstract: We offer a review of this book on Asturian mythology, *La Creación del Mundo, y otros Mitos Asturianos* where myths are exposed in Asturian folklore collected in the light of comparisons with Celtic mythology and other fields. Carrin exposes the survivals of an ancient European religion, widespread in the Atlantic area, but obscured by the Spanish obsession for all things around Latin and Mediterranean. Also provide clues about why asturianists largely ignore these critical issues

Un libro excelente

La escasez del tiempo, sustancia fugitiva, nos impone la restricción de escribir reseñas únicamente de libros excelentes. Si además de excelentes añadimos la condición de desconocidos, poco accesibles, mal atendidos, nos encontramos ante lo que sin duda se puede calificar de “tesoro” (*ayalga* es la palabra asturiana que viene al caso). *La Creación del Mundo y otros Mitos Asturianos*, de Cristobo de Milio Carrín es, sin lugar a dudas, uno de esos tesoros recónditos, poco conocidos, y merecedores de mayor audiencia (Carrín, 2008). Un tesoro, una *ayalga*.

Cristobo de Milio ha trabajado durante largos años de silencio y sin apoyo oficial o académico alguno (que yo sepa), en la redacción de un grueso pero ameno volumen dedicado a la Mitología Asturiana. La edición, del propio autor, está bien cuidada e incluye algunas fotografías en sus páginas centrales. La estructura del libro en distintas partes, con un resumen al final de cada una de ellas, además de unas conclusiones y una amplia bibliografía, hace de esta obra un objeto valioso para el erudito estudiante de la mitología, no ya solo asturiana y peninsular, sino europea en general.

Centrado en la Mitología Asturiana, el libro de Cristobo es uno de los raros intentos, no sé si el primero, encaminados a su *interpretación* más allá de la divulgación. La Mitología Asturiana es una gran desconocida, y fueron los folkloristas del XIX y del XX los que han intentado extraer un catálogo de seres

feéricos a partir de las leyendas populares, de la tradición oral del pueblo campesino.

Desde los tiempos del romanticismo decimonónico comenzó a expandirse la corriente del celtismo entre los eruditos más periféricos de una España que, oficialmente, se reconocía como más latina y mediterránea que atlántica. Como es bien sabido, fue en Galicia donde el celtismo captó mayor número de adeptos y donde la producción literaria y erudita celtista sigue siendo bastante abultada (Beramendi, 2007).

Celtismo y Covadonguismo

Cabe ahora que hagamos la comparación de Galicia con una Asturias ciega de sí misma, de sus propias fuentes etnológicas e históricas, una Asturias víctima del “Covadonguismo”, es decir, víctima de una ideología que sus propias élites han propagado desde hace muchos años: que “*Asturies es España y lo demás tierra conquistada*”, que Asturias tiene entidad y relieve histórico y etnológico únicamente en la medida en que ha debido ser la “cuna” de una Nación Española virtualmente eterna, pre-existente incluso en tiempos prehistóricos y, desde luego, en ciernes en aquella extraña gesta de Covadonga, a comienzos del siglo VIII.

Entre unas peñas feroces, se alega que unos no menos feroces asturcántabros, dirigidos por un supuesto godo y con el ánimo igualmente extravagante de recomponer una Monarquía goda perdida ante el moro --monarquía más bien enemiga y distante de los intereses y motivaciones de los feroces montañeses astures-- derrotaron a la mayor potencia de la época, el islam. No es este el momento de revisar la Batalla de Covadonga, en sí misma un mito fundacional, aunque basado en hechos reales. Pero es importante en esta mi reseña para explicar el porqué del bloqueo al celtismo en Asturias y, subsecuentemente, el porqué del desconocimiento del libro de Cristobo Carrín.

Covadonga, la Gesta o Mito Fundacional, es un clásico mito “de los inicios” pero inicios ¿de qué? ¿De la Nación Española? Este prejuicio, esta idea acrítica y neutralizante, la idea de una España ya preexistente en pleno siglo VIII, e incluso renaciente a partir de los precedentes godos y romanos, es lo que ha bloqueado la idea de Covadonga como gesta fundacional, como “Mito de los Inicios” de otra nacionalidad o pueblo, el pueblo asturiano *sensu stricto*. Que los asturianos hayan absorbido en parte la idea de que “ellos son los españoles prístinos”, ha bloqueado la investigación objetiva de las raíces célticas de los astures que, al igual que cántabros, galaicos y demás pueblos del NO ibérico, son compartidos en un *continuum* difícilmente cuestionable desde los puntos de vista arqueológico, étnico, folklórico, etc.

Por supuesto, el celtismo del siglo XXI es muy otro del que se defendió en otras épocas. Se trata hoy del rescate de una civilización, la civilización céltica, envolvente y amplia, que existía muy por encima de la diversidad de razas y etnias que éste mundo mental aglutinó. El elemento religioso y cultural es el que más cabe destacar de todos los que la caracterizaba, si bien el arte, las

armas, los enterramientos, y demás testimonios materiales apenas son a dejar constancia plena del universo mental de los celtas. En la península ibérica, y más en el NO de la misma en tiempos prerromanos y en los romanos mismos (dada la superficial latinización de estas regiones incluso tras la llegada de los musulmanes), prefiere hablarse en muchos ambientes de una cultura “atlántica”, como si la elección de un término geográfico rebajara los indeseables –para algunos- ribetes raciales que se suelen dar al término celta. Pero da lo mismo: ya casi nadie acepta la homogeneidad racial de los pueblos celtizados ni hay un criterio demasiado objetivo que señale el mayor grado de “celtismo” de un pueblo.

Confusamente, en el siglo pasado se empleó el criterio de la pervivencia lingüística: no hay pervivencia de lenguas célticas en la península Ibérica, se decía, como sí la hay en las Islas Británicas y en la Bretaña, *ergo* astures, cántabros y galaicos quedarían fuera de este universo mental. Hoy se reconoce, por el contrario, que el NO de la Península –todo él- fue una importante región de la Civilización Céltica. Los testimonios lingüísticos, arqueológicos, etnológicos, etc. se acumulan formando una enorme masa que la *romanomanía* académica se empeña inútilmente en ignorar.

Romanomanía

Denominamos romanomanía (Carrín y Álvarez Peña, 2011) a todo aquel intento académico, especialmente arqueológico, encaminado a minimizar la importancia de las culturas “indígenas” o “prerromanas” del NO de la Península, y especialmente de Asturias, resaltando en cambio la misión civilizadora del Imperio Romano en una zona cuyo influjo –incuestionable, por otra parte- fue más bien pobre o discreto en comparación con las demás regiones de la antigua Hispania (el NO fue verdadero *limes de barbarie*, es decir, de no romanidad, en comparación con las áreas levantina y sureña de España, por ejemplo). La magnificación de un Gijón/Xixón romano, de una supuesta “Ruta de la Plata”, la ocultación y abandono deliberado de las importantes fortificaciones defensivas de La Carisa, y un largo etc. han dibujado el paisaje de una Arqueología asturiana fuertemente infiltrada por debates ideológicos, en los que curiosa y pintorescamente Roma parece –para algunos políticos y gestores autonómicos y municipales- un trasunto de “España”, mientras que los astures, al no ser reconocidos como pueblo homogéneo y con la fuerza suficiente como para ser un contrapoder resistente al Imperio, contra toda evidencia científica, aparecen ahora como los fantasmas nacionalistas o separatistas que amenazan el sueño del jacobino centralista de una España Unitaria.

Es cuando menos curioso que unos sucesos acaecidos hace dos mil años despierten tantas ampollas entre las fuerzas centralistas representadas en Asturias (PSOE y PP), y que los astures, si bien sea por vías inconscientes y por medio de complejos psicológicos difícilmente explicables, siguen siendo gentes incómodas. Aquellos astures resistentes a Roma (y luego al islam) parecen el arquetipo de lo que los asturianos en el fondo siguen siendo: una etnia que solamente en la superficie parece colonizada y olvidada de sí misma.

Quienes sufren de esa *romanofilia* suelen ubicarse ideológicamente en el ámbito de un nacionalismo español, un tipo de nacionalismo normalmente excluyente para con las periferias y que se identifica, de manera razonada o no, con la idea del Imperio. El Imperio Hispánico (hoy, simplemente, Reino de España) sería la prolongación de aquel Imperio de Roma.

La Universidad da la espalda

En Asturias, la implantación tendenciosa, e incluso el veto a la implantación misma, de ciertas ciencias humanas y sociales (Como la Antropología Cultural o la Etnología) en la Universidad ha dependido de diversas coyunturas curiosas, coyunturas que se remontan a tiempos del franquismo tardío. El papel desempeñado por egos en exceso influyentes y valorados, como es el caso del de don Gustavo Bueno, ha impedido hasta ahora la creación de unos estudios académicos de Antropología (o Etnología), que pudieran ir sacando jugo al ingente patrimonio que el Pueblo asturiano nos ha ido dejando en su devenir histórico. La Cultura asturiana ha estado desatendida por parte de la Universidad de Oviedo, institución ausente en tantas realidades fundamentales del Principado, y especialmente desatenta a las cosas del país donde dicha Universidad radica. Últimamente van saliendo manuales u obras generales consagradas al estudio de la Cultura o Antropología de Asturias (p.e. Adolfo García, 2008), pero en este campo me parece que el abono y cultivo sigue dependiendo de esfuerzos individuales más que de apoyos institucionales.

La labor de los particulares

Dejando al margen la inacción de los académicos y de las instituciones en materia etnológica, cabe destacar la labor particular y meritoria de ciertas personas que van desenterrando los inmensos patrimonios orales del Pueblo asturiano, desprovistos del más mínimo prejuicio romanómano o españolista. Me estoy refiriendo al colectivo *Belenos*, que lleva muchos años editando una excelente revista (*Asturies, Memoria Encesa d'un País*) y organizando encuentros científicos en los que –pese al clima hostil que hay en Asturias respecto al celtismo– se hace llegar a la sociedad la imagen correcta de éste país: un viejo país atlántico, fuertemente relacionado con los otros pueblos del NO ibérico (Galicia, León, Cantabria), pero con lazos viejísimos y más estrechos de lo que se piensa con los demás países atlánticos.

Frente al *Mare Nostrum*, el Mediterráneo, hasta tiempos modernos hubo otro mar, más al norte, que también debió ser vehículo de comunicación y hermanamiento de pueblos. Realmente, como se dijo en tiempos antiguos, Asturias lindaba al norte, con el mar por medio, con las Islas Británicas y las costas aquitanas y bretonas. Antes de la obsesión por el asfalto de las autovías y la manía por el AVE, que tanto aqueja a muchos asturianos de hoy en día, era el mar un medio de comunicación cultural más rápido y eficaz, mucho más que aquellos caminos de cabras que casi hasta hoy comunicaban el Principado con la meseta, esto es, con España. Caminos que, por cierto, quedaban

cerrados a los carruajes durante las nevadas invernales. Asturias estuvo milenariamente unida a estas otras regiones y países de Europa.

Miembro de *Belenos*, y prolífico autor de libros de Mitología Asturiana, es Alberto Álvarez Peña (Álvarez Peña, 2001). Muchos de sus textos se pueden leer en la editorial Picu Urriellu, libros los que aparecen hermosos dibujos realizados por el propio investigador y divulgador del folklore asturiano. A diferencia de sus predecesores, como Aureliano del Llano o Constantino Cabal, la labor de Alberto A. Peña no está contaminada de prejuicios españolistas, castellanizantes.

Es sabido que los anteriores investigadores del folklore asturiano tendían a considerar la Cultura Asturiana como un subsistema de la supuesta Cultura Española, en paralelo a su concepción de la lengua: se tendía a considerar el asturiano (en alguna de cuyas variantes se expresaban siempre sus informantes) como un subsistema del español o castellano. El celtismo más o menos difuso, pero nunca tan explícito como el de Galicia, me parece a mí que quedaba en ellos subordinado a la teoría del “acervo común” de lo hispano, bien ajeno a las conexiones atlantistas con Bretaña, Irlanda, Escocia, Gales... Alberto Peña rompe con esta tendencia; además hace trabajo de campo, es decir, saca provecho de los últimos informantes que quedan en el país, un país tan destrozado por un industrialismo que el pueblo astur no se buscó ni jamás anheló sino que más bien se lo impusieron desde fuera, haciendo de Asturias una Colonia minera y siderúrgica. Esa Colonia industrial - y en proceso de concentración urbana- ha ido matando el campo asturiano y con él el auténtico ser del país, esto es, sus tradiciones, su derecho, su lengua, su música. Antes de que ocurra la catástrofe de que el 90% de los asturianos (¿asturianos todavía?) vivan en el triángulo Xixón-Uviéu-Avilés, todavía quedan depósitos vivientes de la tradición. Pero para ello hay que ponerse las botas, trasegar senderos (*caleyes*), explorar aldeas y valles, hablar con los paisanos. Hablar y escuchar a los habitantes de un país que es mucho más grande de lo que aparece en los mapas, mapas en los cuales Asturias suele dibujarse como una pequeña provincia recortada al NO de España, en una España que parece grande en comparación. Si por la Asturias antropológica y lingüística entendemos un País Astur (según la propuesta del académico X.LI. García Arias) que desborda los límites administrativos del actual Principado y acoge a León, entre otras zonas, el país asturiano cobra otras dimensiones. Hablando más en general, si el foco central lo situamos en el Golfo de Vizcaya y no en el Golfo de León: entonces Asturias se puede conmensurar con Bretaña, Gales, Eire, y demás naciones, la mayoría sin estado, pero naciones culturales sin lugar a dudas.

La Metodología

En un universo mental muy cercano al del grupo *Belenos* y al etnógrafo Alberto A. Peña se sitúa el libro que aquí reseñamos. No hay aquí mucho material directo recogido de primera mano, “trabajo de campo”, si bien tampoco faltan algunas anotaciones recogidas personalmente por el autor o por otros informantes directos. No, en efecto no nos encontramos ante un trabajo

empírico: más bien se trata de un libro de Mitología Comparada en el más clásico sentido. Como dice desde el comienzo el propio Cristobo Carrín, la guía para establecer las comparaciones pretende ser el más simple “sentido común”. Parece ser voluntad del autor el no perderse por otras sendas (*caleyes*) epistemológicas o metateóricas. Ahí está el material recogido por los etnólogos de todo el mundo, incluyendo aquí especial mención al material escrito ya clásico en la Mitología Mundial (desde los *Mabinogion* hasta la *Iliada*). Pues bien, con este material a la vista, Cristobo procede a hacer numerosas triangulaciones: por ejemplo, leyendas irlandesas, griegas y asturianas. El listado de los elementos comunes ya pone sobre el tapete la gran similitud de los personajes y cuentos asturianos con los de la mitología occidental, y muy especialmente la atlántica. Y de ese listado de parecidos, de tópicos casi iguales, brotan también las notables diferencias desarrolladas sobre una misma estructura común: mayor o menor grado de cristianización en la leyenda, evemerización mayor o menor de los personajes divinos, mayor o menor grado de rebajamiento social de los personajes, etc.

Esta simplicidad metodológica podrá molestar al *stablishment* académico, muy dado a apuntarse a modas extranjeras y a disquisiciones epistemológicas cada vez más alejadas de un material empírico muchas veces parlante en sí mismo. En parte esto explicaría el olvido en que ha caído este libro. A mí, particularmente, me parece una de sus grandes virtudes. Da la impresión de que el autor ha ido montando su hipótesis como reuniendo las más diversas piezas de un puzzle, piezas que por el devenir histórico habían ido constituyéndose en unidades inconexas, en mónadas que carecían de sentido por sí solas, fósiles de tiempos absurdos que no tenían que ver con ninguna otra cosa salvo con la propia repetición de frases, historias y ritos. Una repetición que se justificaría a sí misma. Pero armando el puzzle, la situación cambia.

Por ejemplo, si en una aldea asturiana se repite sin cesar “*cuando llueve y fai sol, anden les vieyes alrededor*” [cuando llueve y hace sol, andan las viejas alrededor], hay que preguntarse ¿quiénes son esas “viejas” –*vieyes*, en asturiano? No van a ser simplemente las ancianas del lugar, y además ¿qué relación guardan las abuelas con los fenómenos atmosféricos? Más aún: en Asturias, el arco iris (que suelen salir precisamente en esos días en los que llueve y luce el sol) recibe el nombre de “*Arcu la Vieya*”. ¿Quién o qué es esa “*vieya*”?

La simplicidad del método de las comparaciones nos va desgranando pistas y más pistas. Como en otros países europeos y atlánticos, la *Vieya* es una manera antropomórfica de hacer referencia a una deidad femenina que controla los fenómenos atmosféricos, mujer de prolecta edad quizá para realzar su cariz inmortal, venerable, “más antigua que el mundo”, una Madre Tierra de la que todo y todos, en el fondo, procederíamos. Esa *Vieya*, frecuentemente, aparece en tríadas, junto con otras dos deidades más jóvenes y hermosas. La aparición de la *Vieya* o de la Tríada empuñando un huso, tema recurrente en la Mitología y el Folklore tanto de Europa como de Asturias, nos recuerda a todos a la iconografía de las Parcas de la Mitología Clásica, esas

terribles hilanderas en cuyas manos está el destino que, literalmente, “pende de un hilo”.

Huyendo del difusionismo romanófilo

De otra parte, Cristobo de Milio Carrín es muy austero en materia de especulación acerca del origen y significado profundo de todos estos mitos. Las tesis generales del libro son también muy apegadas al sano sentido común, y habrían de conocer una difusión más general entre el público. En Asturias, cualquier alusión a la celtización de los astures y cántabros, ya es objeto de las iras irracionales de los “romanómanos”. Igual de absurdo que resultaría negar nuestra herencia latina (en el idioma asturiano, en la religión cristiana, en restos arqueológicos, etc.) herencia si bien muy inferior a la de otros territorios de la Península, resulta igualmente innegable nuestro acervo céltico o atlántico. Desde el momento en que el panteón céltico procede de forma clara y pura al común Panteón Indoeuropeo, quedan en evidencia muchas similitudes de la Antigua Religión Europea (y por tanto, asturiana) con la Griega y la Romana y por medio de este expediente se ha esgrimido en Asturias, *ad nauseam*, el argumento (muy frecuentado por G. Bueno y su escuela) difusionista según el cual todo, absolutamente todo rasgo cultural antiguo en Asturias, especialmente precristiano o astur, es de cuño grecorromano y mediterráneo. Los residuos atlantistas o célticos serían nada más que puro y simple salvajismo. Se llegó a decir que los castros eran romanos, que la gaita la trajeron las legiones, que el *diañu burlón* o el *busgosu* era el sátiro de los clásicos latinos, etc. Los obsesos por el Mediterráneo niegan toda civilidad al Atlántico (o Cantábrico en nuestro caso) y manejando las *homologías culturales* que se deben a un pasado común indoeuropeo procedente de la lejana prehistoria, se inclinan –por el contrario- hacia un difusionismo irracional. Aquellos lejanos días en que se defendía la máxima *ex oriente lux*, sigue vigente en Asturias debido al influjo excesivo que sufre el País de una pequeña camarilla de académicos y periodistas sumidos en una especie de complejo provincialista. Asturias es pro-vincia (“vencida”, en el sentido etimológico) de España, en sus esquemas ideológicos, de la misma manera que el territorio de los astures (no coincidente con el actual Principado, como ya se sabe) también lo fue tras la conquista romana. Curiosamente en Gijón/Xixón se alza un monumento masoquista al Conquistador Augusto, al causante de tantas muertes y esclavitudes, como corresponde a todo imperialista.

Se conoce muy bien el famoso “Síndrome de Estocolmo” en virtud del cual los secuestrados, las víctimas, llegan a identificarse moral y afectivamente con los secuestradores o verdugos. Pues bien, procesos análogos ocurren en la historia de los pueblos. La “nomenclatura” ovetense, bien instalada en la burguesía y burocracia, hace oídos sordos a todo relato o investigación que defienda el carácter nacional, o siquiera la especificidad regional de su “provincia”, a pesar de haberse constituido en Reino medieval, en Principado cuasi-independiente en la Edad Moderna, a pesar de contar con una lengua propia y unos rasgos definidores bien nítidos. Esa nomenclatura –ampliamente representada en una Universidad como la ovetense que siempre ha vivido de

espaldas al País- hace oídos a toda una evidencia que sigue sin explotarse intelectualmente.

El asturianismo, en Babia

Es evidente que el hecho de que la nomenclatura romanómana, pro-mediterránea, se ha hecho muy fuerte en la prensa y en la enseñanza, desde los tiempos del franquismo, tiempos largos y centralistas, los tiempos del nacionalismo español intransigente que cortaron los discretos avances regionalistas de la época anterior, iniciados por el indispensable Jovellanos. Pero, dialécticamente, también ha de tomarse en cuenta la falta de una clase intelectual asturianista sólidamente implantada, querida y reconocida por la sociedad a la que pertenece. Existen, sí, unas pocas individualidades que, además de Cristobo Carrín, entienden Asturias en términos de nacionalidad. Habría que repetir la mención, en su mismo campo, a Alberto A. Peña, y en el ámbito del ensayo, ya más en clave filófico-identitaria que etnológica, a Xuan Xosé Sánchez-Vicente, Xaviel Vilareyo y, en su breve etapa asturianista, José Carlos Loredó Narciandi.

El interés de estos pocos autores por Asturias como “hecho nacional” reside también en que han empleado la lengua asturiana como vehículo para la reflexión sobre qué es Asturias, qué lugar le debería corresponder en España, Europa y el mundo y, por supuesto, qué rasgos etnológicos diferencian la cultura asturiana de otras de su entorno. Los ensayos de estos escritores, por lo general aislados e incomprensidos en su propio entorno provincialista y “aculturizado”, son como oasis en un desierto, desierto donde predomina la ignorancia de la población hacia su propia lengua, cultura, tradición e historia. Evidentemente la lista de escritores en lengua asturiana en géneros como la poesía, la novela, el relato, etc. es mucho más amplia, pero el análisis profundo y sosegado de la nacionalidad asturiana solamente se lo he podido ver a estas tres personas mencionadas, que además lo han hecho en lengua asturiana.

Quizás el mayor problema del nacionalismo y del regionalismo asturiano no estriba, curiosamente, en esa “nomenclatura” que se niega a reconocer la nacionalidad de Asturias, su carácter, su lengua, su tradición, su historia política propia... El mayor problema de un nacionalismo o regionalismo asturiano estriba en los asturianistas y nacionalistas mismos, veremos brevemente por qué.

La “nomenclatura” nacionalista española es fuerte a la izquierda y a la derecha del espectro ideológico, en efecto, y goza de importantes tribunas como la cátedra y la prensa. Además ha conseguido durante décadas (y hasta siglos) ir inculcando una especie de “auto-odio” (en palabras de Sánchez-Vicente) en la masa del pueblo que, sabedor de su especificidad, sin embargo ha ido siendo asociada mentalmente a la condición de inferioridad o subalternidad frente a una cultura oficial y unitaria, la española. Pero el mayor obstáculo ante esta situación, ante la que se ha sabido dar un vuelco (al menos en política y en la enseñanza, que viene a ser lo mismo) en Euskadi, Cataluña y, más cercanos a lo nuestro, en Galicia, estriba en la miopía y ceguera de los pocos que se

reclaman del asturianismo (ya se les quiera ver como nacionalistas o como regionalistas, distingo politológico que no viene aquí al caso). Por que, volviendo al libro de Cristobo Carrín, éste mismo texto nos puede servir de síntoma: ¿cuál ha sido la reacción del asturianismo ante un esfuerzo personal de investigación y autoedición, consagrada a rastrear las raíces religiosas de nuestros mayores? Yo me atrevo a decir que ninguna. Los escritores en asturiano, en su generalidad, o los líderes (palabra que les queda grande) de minúsculos partidos que reclaman pomposamente la realidad nacional del país de Asturias, son personas quizá muy meritorias en otros terrenos pero no saben casi nada sobre los astures, sus mitos, sobre la pervivencia de ritos y mitos ancestrales aún vivos en el folklore, y muy poco de la Historia del País anterior a la Revolución de 1934. Yo he visto salir, de forma caprichosa, libros y artículos en lengua asturiana sobre Sudáfrica, Gaza, “Euskalherria”, por ejemplo. Pero sobre lo asturiano, poco. Las preocupaciones “internacionalistas” llenan las páginas webs de estos pequeños medios informativos que pretenden salirse de la esfera unitarista del españolismo. Pero *La Creación del Mundo y Otros Mitos Asturianos* está escrita en castellano y este simple hecho ya aleja a posibles lectores interesados por Asturias como pueblo ancestral. Lectores que, si creen de veras en una nacionalidad asturiana, deberían conceder la importancia que se merece a la Mitología y al acervo de tradiciones del pueblo para el que reclaman derechos colectivos.

La batalla cultural, que es la que más nos interesa subrayar aquí, está perdida de antemano por parte del minoritario asturianismo, si este sector no se haya en disposición de estudiar las raíces de una cultura europea como es la Astur en sí misma, sin imponer las condiciones de subalternidad que los anteriores folkloristas (el grupo “La Quintana”, A. del Llano, C. Cabal) establecieron para este estudio. El nacionalismo cultural es la única condición de posibilidad que permite todo ulterior florecimiento de un nacionalismo político. El énfasis excesivo en la reivindicación lingüística ha hecho que muchos intelectuales y escritores que quieren o han querido escapar del uniformismo españolista en Asturias, hayan incurrido en actitudes reduccionistas, muy conocidas en el Principado bajo el nombre de “talibanismo”. Fenómeno caracterizado por la intransigencia a las posturas disconformes, obsesión por la lengua y olvido de la Historia, jerigonza pseudorevolucionaria, etc.

Una obra como esta, que aporta pistas —el tiempo dirá si equivocadas— sobre el pasado celta o, en general, indoeuropeo, de los asturianos, queda ignorada en gran medida por el mero hecho de que el vehículo lingüístico en que ha sido escrita, el castellano. Idioma que, es ocioso decirlo, dominamos y entendemos mejor o peor el cien por cien de los asturianos. En su importante artículo sobre el nacionalismo y la identidad en Asturias, José Carlos Loredó (Loredó, 2009) destaca numerosas patologías del llamado *asturianismo*, patologías que de no ser corregidas, le abocarán una y otra vez al fracaso. Pues creo, como él, que por muy justas que sean las reivindicaciones lingüísticas y nacionales, los métodos y formas sectarias en que a veces se transmiten, consiguen distorsionar por completo el problema de que se trata. De si Asturias es una entidad cultural en pie de igualdad con otras entidades culturales de tipo nacional: la bretona, la galesa, la vasca o la gallega, por ejemplo.

El propio autor de *La Creación del Mundo* aporta en su prólogo una serie de claves que dan respuesta a esta enorme contradicción en que se sumen los estudiosos y defensores de una cultura nacional asturiana. Por una parte, la gran masa de la sociedad astur ve con peligro y recelo cualquier investigación que hable, no ya de la nacionalidad sino de la especificidad de lo asturiano. Incluso, como dice Cristobo, uno recibe epítetos nada amables como “paleta” o “separatista” por hacerlo. Ya hemos comentado que la “nomenclatura” al servicio de un nacionalismo español intransigente se haya muy bien representada en la Universidad, la Enseñanza Media, el Periodismo, la élite político-sindical, etc. Y es así, más o menos, desde hace siglos. Pero la marginación, con grandes visos de ilegalidad constitucional, que sufre el idioma asturiano, y que ha sido denunciada ante los tribunales estatales pertinentes y ante las Instancias Europeas, no ha conseguido una reacción popular suficientemente sólida desde los años 70 del siglo pasado, fecha de la fundación de *Conceyu Bable*. Algo pasa. Quizá sea parte del problema el hecho siguiente: la reivindicación lingüística del asturiano no ha ido pareja de una profunda reinterpretación de las tradiciones ancestrales, el sistema de mitos, la organización campesina natural, el derecho tradicional, etc. Todo esto es desconocido de parte de una minoría de “talibanes” que toman modelos ajenos (y desgraciados) como el vasco, irlandés o cubano para sus reivindicaciones en lugar de procurarse un espejo en el que poder verse simplemente como asturianos.

Los espejos para ver(se) y distorsionar

Toda esta maraña lingüística es análoga a la maraña etnológica que nos va desenredando el autor. Debe tenerse en cuenta que hay espejos deformantes que sería mejor no poseer. Ya he mencionado el espejo deformante del “vasquismo”, y sus concomitancias (minoritarias, por suerte) en términos de radicalismo verbal, malos modos, separatismo ridículo y desconectado de la masa social que, a la luz de todas las encuestas serias, se identifica antes con lo asturiano que con lo español pero sin establecer una disyunción excluyente con lo español... Otro espejo deformante sería, igualmente, el celtismo si este estuviera ligado (como lo estuvo en Galicia en el pasado) a actitudes racistas o, al menos, raciológicas. Pero no hay nada de eso en libros como el que aquí se reseña, o en el grupo de investigación *Belenos*. Muy por el contrario, el señor Carrín insiste en el carácter *universal* de muchos de los mitos bien atestiguados en Asturias, así como el *continuum* innegable con León y otras zonas norteñas y meseteñas que, no hay que olvidar, también fueron territorio de los astures, territorio que en mi opinión estuvo bastante celtizado (la gran Civilización Céltica fue plural y consistió en una sucesión de capas o grados de celtización) y, de otra parte, poco romanizado. El espejo deformante del celtismo, a diferencia del burdo prisma del vasquismo, puede cumplir importantes rendimientos correctores. Me explico: en la medida en que no nos resulta accesible de forma directa la vida de aquella cultura que fue, claro es, la perdedora ante Roma, solamente nos queda una labor de corrección de todos los largos, poderosos y terriblemente eficaces *filtros* que después se han ido acumulando sobre un material primigenio. El método que nos queda se podría comparar a éstos: una “purificación” de una sustancia en el sentido químico, un

escrutinio arqueológico de las capas más profundas, sin dejarse engañar por las más superficiales o recientes, una retirada de aditamentos modernos para restaurar un edificio antiguo en su antiguo esplendor, etc. Valgan todas estas analogías para comprender el empeño de Carrín.

Por eso cabe preguntarse ¿espejos deformantes? Sí, unos nos llevan a la perdición y al error. Otros, en cambio, contrapesan la distorsión de sus rivales más fuertes y eficaces. No cabe duda que la acción del espejo “castellanocéntrico” casi ha conseguido hacer sucumbir los rasgos culturales de la nacionalidad asturiana, pero, por el contrario, el espejo celtista –siendo necesariamente una deformación, pues es muy desconocida la civilización de los perdedores ante Roma- sirve para contrarrestar las tendencias centralistas, obsesionadas con el Mediterráneo y el cuño latino de toda posible historia.

Hay otro espejo y filtro de deformación (y la Historia en gran medida es eso, deformación) que debemos comentar. Me refiero al cristianismo. Es apasionante leer en el libro de Cristobo de Milio Carrín de qué manera se puede entender la vida de los santos (hagiografía) con arraigo popular, y la ubicación de santuarios (marianos, sobre todo, especialmente el de Covadonga) a la luz de la vieja religión céltica y, más en general, indoeuropea. La capa cristiana no siempre fue un ligero barniz, pero fue en cualquier caso una renovación del viejo ritual y de la antigua mitología. La devoción popular de los asturianos hunde sus raíces en fechas muy anteriores al nacimiento de Cristo y a la expansión de su Iglesia. Esto es algo que comprende todo asturiano no desconectado de su País y de su esencia rural, y que también percibe todo visitante forastero pero observador.

Mi reseña concluye sencillamente, recomendando la lectura del libro. Si hay que criticarlo desde ámbitos especializados de la etnología, la mitología comparada, el folklore, etc., que lo sea. Pero no merece ser ignorado de ningún modo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- (Álvarez Peña, 2001): *Mitología Asturiana*. Picu Urriellu, Xixón
- (Beramendi, 2007): *De Provincia a Nación*. Xerais, Santiago.
- (Carrín, 2008): *La Creación del Mundo y otros Mitos Asturianos*, Edición del autor, Uviéu.
- (Carrín y Álvarez Peña, 2011): “Romanómanos: delirios imperiales en el Xixón de hoy”. *Atlántica XXII*, pps. 21-22.
- (García, 2008): *Antropología de Asturias. I: La cultura tradicional, patrimonio de futuro*. KRK, Uviéu.
- (Loredo, 2009): “Apuntes sobre nacionalismo, identidad y Asturias”, *Nómadas*, nº 24, 149-157: <http://www.ucm.es/info/nomadas/24/jcloredo.pdf>